



QUINIENTOS AÑOS
DE LA HABANA
(1519-2019)

Colonialismo, nacionalismo
e internacionalismo



Coordinadores
Josef Opatrný, Simona Binková

UNIVERSIDAD CAROLINA
EDITORIAL KAROLINUM

Quinientos años de La Habana (1519-2019). Colonialismo, nacionalismo e internacionalismo

Josef Opatrný, Simona Binková (coords.)

Ibero-Americana Pragensia
Supplementum 52

Reseñadores:

Bohumír Janský (Universidad Carolina, Praga)

Vlasta Hlavičková (Universidad de Economía, Praga)

En la cubierta: El buque Florida en la entrada de la bahía de La Habana, tarjeta postal de mediados del siglo XX

En la cubierta posterior: Vendedor ambulante en una calle habanera, tarjeta postal de principios del siglo XX

Editó Universidad Carolina, Editorial Karolinum
Praga 2020

Director de la serie Josef Opatrný

Grabadora Kateřina Řezáčová

Composición y ajuste Editorial Karolinum

Impreso por la imprenta de Editorial Karolinum

1ª edición

© Charles University, 2020

© Josef Opatrný, Simona Binková (coords.), 2020

Este libro es resultado de los proyectos de investigación en la Universidad Carolina en los marcos del programa Progreso Q09: *Historia, la llave para el entendimiento del mundo globalizado*, del programa *El espacio antillano: génesis, circulación y redistribución de individuos, mercancías, ideas, saberes y modelos (siglos XVIII-XXI)*, MINECO, 2016-18 y del proyecto *Creatividad y adaptabilidad como condiciones del éxito de Europa en un mundo interrelacionado* (No. CZ.02.1.01/0.0/0.0/16_019/000 0734) financiado por el Fondo Europeo de Desarrollo Regional. En la cubierta: El buque *Florida* en la entrada de la bahía de La Habana, tarjeta postal de mediados del siglo XX En la cubierta posterior: Vendedor ambulante en una calle habanera, tarjeta postal de principios del siglo XX.

ISBN 978-80-246-4504-9

ISBN 978-80-246-4518-6 (pdf)



Charles University
Karolinum Press

www.karolinum.cz
ebooks@karolinum.cz

ÍNDICE

Nota introductoria	
Josef Opatrný	7
Las (re)construcciones de La Habana. De la “Fidelísima” a la ciudad global.	
La Habana “real y maravillosa”, muchos mitos y unas cuantas realidades	
Sylvie Mégevand	9
La Habana en su 500 aniversario: Función social y mítica del Malecón	
Mélanie Moreau-Lebert	17
Museos e instituciones científicas en la expansión de La Habana	
Armando García González, Miguel Ángel Puig-Samper	27
Quinientos años de cartografía habanera. La Habana como antemural de las Indias Occidentales	
Laura A. Hernández Martínez	43
Todas las razas de La Habana fundacional	
José Antonio Piqueras	53
Maña y fidelidad	
Allan J. Kuethe	67
Balance de la libertad comercial en la trata en La Habana a fines del XVIII	
Emma Dunia Vidal Prades	73
Raza y salud en La Habana. Colonia y Postcolonia	
Reinier Borrego Moreno	83
Los otros que levantaron La Habana. Obras públicas y trabajo coactivo	
Imilcy Balboa Navarro	89
Circulación intercaribeña de modelos de sociedad: Los Maceo, de Baraguá a Panamá y Guanacaste	
Yanina Pizarro Méndez	99
El papel de La Habana en la vida de los misioneros jesuitas bohemios	
Simona Binková	113
La Habana en los textos de los visitantes checos durante el siglo XX	
Josef Opatrný	129
Conflictos portuarios y agenda laboral en Cuba (1898-1912)	
David Domínguez Cabrera	139
El crimen organizado cubano-americano en La Habana	
András Lénárt	149

El coleccionismo en la Cuba Republicana: Julio Lobo y su vocación por las artes Lizandra Carvajal García	157
El espacio habanero en la poesía de Nancy Morejón, entre cantares y pregones ancestrales Sandra Monet-Descombey Hernández	167
Deslindes habaneros. Avatares de la ciudad colonial en algunas ficciones contemporáneas François Moulin Civil	181
Muy noble y digital: la simulación de La Habana colonial en el videojuego <i>Assassin's Creed IV Black Flag</i> (Ubisoft, 2013) Emmanuel Vincenot	189
La Habana: Capital de encuentros internacionalistas en la década de los sesenta vista a través del Noticiero (ICAIC) Hortense Faivre d'Arcier-Flores	199
Venezuela y la Tricontinental de La Habana Ángel Dámaso Luis León	209
Julián Gorkín y La Habana en el marco de la Guerra Fría Andrés Ortí Buig	225
Aeroflot en La Habana. ¿Una empresa de soviétización? Etienne Morales	237
“El Corazón en Pekín, y el Estómago en Moscú” 1964: Cambios, solidaridad política e internacionalismo cubano vistos por la diplomacia francesa Alvar de la Llosa	249
Trabajadores cubanos en Hungría Mónika Szente-Varga	259
Las actividades del servicio Secreto húngaro en Cuba en los años 60 Emőke Horváth	269
Reforma constitucional cubana de 2019: Lo que define a los cubanos del siglo XXI J. Nicolas Balbi	289
Conclusión	301
Summary	303
Autores	305

NOTA INTRODUCTORIA

Hace treinta años los profundos cambios políticos abrieron para los estudios latinoamericanos checoslovacos la oportunidad de incorporarse plenamente a las actividades de la comunidad internacional de los especialistas en los estudios en este campo. Tomando en cuenta la situación económica y personal de la ciencia checoslovaca surgió naturalmente la pregunta de cómo orientar la investigación. Por las razones mencionadas arriba no fue posible desarrollar los estudios latinoamericanos en la misma amplitud como en los países de larga tradición como fueron los casos de Francia o Gran Bretaña, por no hablar España, y por esto decidieron los miembros del pequeño grupo de especialistas checos seguir en la tradición dada por las circunstancias en el tiempo del establecimiento de la rama científica en el país cuando los “padres fundadores” de los estudios latinoamericanos en Checoslovaquia, sobre todo el historiador Josef Polišíenský¹ destacaron, tomando en cuenta la posibilidad del acceso a los archivos, el estudio de las relaciones entre los países hispanohablantes con países checos por una parte y por otra el estudio de la problemática cubana. En este caso jugaron un papel decisivo las relaciones entre Cuba y Checoslovaquia después de 1959, en la que los especialistas checos alcanzaron éxitos indiscutibles en el estudio de los problemas de la historia cubana en la escena internacional.²

Esta fue la razón de la organización a mediados de los noventa en el Centro de Estudios Ibero-Americanos de la Universidad Carolina en Praga del primer simposio dedicado a la problemática cubana y el más amplio marco caribeño.³ No hay ninguna duda que una parte de los participantes llegó atraída por la fama de Praga como ciudad que merece la pena visitar. Ellos también realizaron la aportación de inaugurar la tradición de celebrar encuentros de especialistas en los estudios del Caribe, sobre

¹ Sobre Polišíenský y sus intereses iberoamericanos véase Bohumil Baďura, “Josef Polišíenský – ibero-amerikanista”, in: *Ad honorem Josef Polišíenský 1915-2001*, Olomouc 2007, pp. 29-57. En el mismo libro analizan diferentes autores otras actividades del Polišíenský – historiador. Comp. también los textos Josef Opatrný, “Josef Polišíenský y los principios de la iberoamericanística checa”, *Ibero-Americana Pragensia* 45/2 (2017), pp. 19-27, J. Opatrný, “El contexto histórico de *Breve historia de Cuba* de Josef Polišíenský”, in: *El Caribe hispanoparlante en las obras de sus historiadores* (= Ibero-Americana Pragensia, Supplementum 35), ed. Josef Opatrný, Praga 2014, pp. 61-70; y Markéta Křížová, “Na cestě k obecným dějinám. Josef Polišíenský (1915-2001)”, *Český časopis historický* 114/2 (2016), pp. 446-466. Una fuente importante para el estudio de la obra y de la personalidad de Polišíenský es su autobiografía, Josef Polišíenský, *Historik v měnicím se světě*, ed. Zdeněk Pousta, Praha 2001. Polišíenský naturalmente figura también en la obra de Josef Petráň, *Filozofové dělají revoluci: Filozofická fakulta Univerzity Karlovy během komunistického experimentu (1948-1968-1989)*, Praha 2015.

² Comp. sobre todo los resultados de Bohumil Baďura y de su largo estudio en los archivos cubanos publicados relativamente hace poco tiempo, véase Bohumil Baďura, *Páginas de la Historia del Pueblo del Caney* (= Ibero-Americana Pragensia, Supplementum 30), Praga 2013.

³ Comp. *Cuba. Algunos problemas de su historia* (= Ibero-Americana Pragensia, Supplementum 7), ed. Josef Opatrný, Praga 1995.

todo hispano, aunque no solamente hispano, cada dos años. Los simposios estuvieron dedicados a diferentes temas –uno a las migraciones, otro a la formación de las naciones, etc.– y los resultados se han ido publicando en forma de monografías colectivas en la serie *Supplementum* de la revista *Ibero-Americana Pragensia*.⁴ Durante estas más de dos décadas participaron en dichos simposios numerosos especialistas de Cuba, España, Francia, Alemania, Hungría, México, Polonia, Estados Unidos y naturalmente la República Checa. Entre los primeros que realizaron una aportación fundamental a la formación de esta tradición debemos señalar al Néstor de los estudios cubanos en Francia Paul Estrade. Por otro lado presentaron en los simposios praguenses los resultados de su investigación por primera vez en la escena internacional jóvenes investigadores que son reconocidos hoy día entre las autoridades de la cubanología internacional como Sigfrido Vázquez Cienfuegos.⁵ Los temas de los simposios fueron siempre el resultado de la discusión que reflejaba el interés de una comunidad amplia interesada en el estudio de la problemática cubana y caribeña.

El tema del último simposio lo propuso otra autoridad de los estudios cubanos Consuelo Naranjo Orovio, que también pertenece a los fundadores de la tradición de los simposios praguenses. Especialista en la historia cubana, planteó el tema de Quinto centenario de la fundación de La Habana conociendo la importancia histórica de ser “la llave del Nuevo Mundo” no solamente para Cuba y España. La Habana atrajo y sigue atrayendo la atención de la comunidad internacional de historiadores y otros especialistas en las ciencias humanas que observan el fenómeno de La Habana desde diferentes puntos de vista. Esta constatación confirma el amplio abanico de ponencias presentadas en el Simposio y preparadas para la publicación en forma de monografía colectiva ofrecida por la casa editorial de la Universidad Carolina Karolinum al público amplio de cubanólogos.

En Praga, septiembre de 2019
Josef Opatrný

⁴ *El Caribe Hispano. Sujeto y objeto en política internacional* (= Ibero-Americana Pragensia, Supplementum 8), ed. Josef Opatrný, Praga 2001; *Cambios y revoluciones en el Caribe hispano de los siglos XIX y XX* (= Ibero-Americana Pragensia, Supplementum 11), ed. Josef Opatrný, Praga 2004; *Nación y cultura nacional en el Caribe hispano* (= Ibero-Americana Pragensia, Supplementum 15), ed. Josef Opatrný, Praga 2006; *Pensamiento caribeño – siglos XIX-XX* (= Ibero-Americana Pragensia, Supplementum 19), ed. Josef Opatrný, Praga 2007; *El Caribe hispano de los siglos XIX y XX. Viajeros y testimonios* (= Ibero-Americana Pragensia, Supplementum 25), ed. Josef Opatrný, Praga 2009; *Caribe/Caribes* (= Ibero-Americana Pragensia, Supplementum 18), ed. Josef Opatrný, Praga 2006; *Migraciones en el Caribe hispano* (= Ibero-Americana Pragensia, Supplementum 31), ed. Josef Opatrný, Praga, 2012; *El Caribe hispanoparlante en las obras de sus historiadores* (= Ibero-Americana Pragensia, Supplementum 35), ed. Josef Opatrný, Praga, 2014; *Proyectos políticos y culturales en las realidades caribeñas de los siglos XIX y XX* (= Ibero-Americana Pragensia, Supplementum 43), ed. Josef Opatrný, Praga 2016; *Caribe hispano y Europa. Siglos XIX y XX. Dos siglos de relaciones* (= Ibero-Americana Pragensia, Supplementum 48), ed. Josef Opatrný, Praga 2018.

⁵ Comp. sus libros Sigfrido Vázquez Cienfuegos, *Tan difíciles tiempos para Cuba. El gobierno del marqués de Someruelos, 1799-1812*, Sevilla 2008; *La Junta de la Habana. Adaptación del Pacto Colonial en Cuba en las vísperas de las independencias hispanoamericanas 1808-1810*, Sevilla 2013.

LAS (RE)CONSTRUCCIONES DE LA HABANA. DE LA “FIDELÍSIMA” A LA CIUDAD GLOBAL. LA HABANA “REAL Y MARAVILLOSA”, MUCHOS MITOS Y UNAS CUANTAS REALIDADES

Sylvie MÉGEVAND

El eslogan del Aniversario 500, “La Habana real y maravillosa”, es polisémico: caracteriza una ciudad a la vez concreta y soñada, el esplendor patrimonial de la realeza así como el género literario –lo real maravilloso– creado por Alejo Carpentier, que amó tanto *La ciudad de las columnas*. La Villa de San Cristóbal de La Habana es una de las más antiguas del continente americano, aunque nació en los albores de la historia moderna. Sus actas capitulares sólo se conservan desde 1550, de modo que sus orígenes parecen perderse en el tiempo y declinarse en una serie de mitos o de “ficciones históricas” que hoy en día, en pleno periodo conmemorativo, se aceptan como un “pasado histórico conveniente”.¹

La toponimia “Habana” se inspiraría en el nombre de una princesa, quizás esposa del cacique Habaguanex, pero las escasas poblaciones autóctonas de la zona desaparecieron sin dejar huella y el núcleo urbano español nació *ex nihilo* cerca del Puerto de Carenas.² Tampoco quedan vestigios de la “ciudad nómada”,³ cuyo “primitivo asiento” (de 1514) estaba situado en las inmediaciones del río Mayabeque: “Del sur no tenemos evidencia alguna, pero del norte sí. Debemos celebrar la ciudad cierta y no la especulación de un lugar no encontrado.”⁴

El 16 de noviembre de 1519, día de la primera misa y del primer cabildo que fueron celebrados bajo una ceiba, es también una “supuesta certeza” como dijo Leal, porque no se ha encontrado mención de la ceremonia hasta 1754, en la columna de Cagigal:

Esa pilastra con la ceiba en relieve arroja la única clave temporal y espacial para ubicar un sitio fundacional de la villa habanera. [...] Ocurre que la Columna de Cagigal lo convirtió en algo verdadero, arraigándolo como señal de identidad.⁵

¹ Argel Calcines, citado por Claudia E. G. Posada, “Vueltas a la ceiba: pasado y futuro de una tradición”, *Opus Habana*, 21. 11. 2016, accesible en: <http://www.opushabana.cu>.

² Debería decirse “Habanas” en vez de “Habana”: con el tiempo, la ciudad se fue desplazando desde el puerto de Carenas hacia el oeste de la bahía. Las principales etapas de ese proceso evolutivo fueron la destrucción de la antigua muralla (1863) y en el siglo XX el gusto por modelos urbanísticos franceses –con el proyecto de Nicolas Forestier– y luego estadounidenses tras la “floridización” de la urbe. Bajo Batista, se proyectó convertir La Habana en capital caribeña del tiempo libre, destruyendo parte del casco colonial y creando una isla frente al Malecón (Plan Sert). El proyecto fue interrumpido por el triunfo de la Revolución de 1959. Ver Roberto Segre y Mario Coyula, “Las incógnitas de La Habana”, *Nuevo Mundo Mundos Nuevos*, 3. 9. 2009, accesible en: <https://journals.openedition.org/nuevomundo>.

³ Detalles de los tres sitios fundacionales de La Habana y su evolución en Emmanuel Vincenot, *Histoire de La Havane*, Paris 2016, p. 20 y siguientes.

⁴ Eusebio Leal Spengler, citado por Teresa de Jesús Torres Espinosa, “La Habana de todos es la que queremos celebrar”, *Habana Cultural*, 13. 11. 2018, accesible en: <http://habanacultural.ohc.cu>.

⁵ Claudia E. G. Posada, “Vueltas a la ceiba: pasado y futuro de una tradición”.

La “tradición inventada” culminará el 16 de noviembre de 2019 en el área más “sacralizada” de la capital – el Centro Histórico y en especial La Habana Vieja. Oficiados por la Oficina del Historiador y el Estado, los rituales se integrarán en el denso dispositivo conmemorativo preexistente bajo la forma de tarjas, estatuas y letreros. Varias etapas programáticas anteriores y posteriores al aniversario 500 completan esta propaganda.⁶

Retórica conmemorativa

En el principio era el Verbo, y nombrar es crear: ateniéndose a las prerrogativas de la campaña oficial “Tradición, modernidad, futuro”,⁷ la voz de *Granma* aúna referencias históricas, míticas y teleológicas:

Según registros históricos, la Villa de San Cristóbal de La Habana adquirió su denominación de un santo católico y del jefe aborigen Habaguanex, habitante primigenio de la zona y hoy, el nombre de una de las principales empresas del área.⁸

San Cristóbal es el sello católico asociado a la génesis urbana –como pueden serlo Genoveva en París, Rosa en Lima, etc.– y el nombre de Colón. Los indios de la Edad de Oro americana remiten –más sorprendentemente– a la imagen positiva del turismo, principal motor de la economía nacional: anteriormente administrada por la Oficina del Historiador, la firma hotelera Habaguanex es hoy parte del grupo GAESA, emporio empresarial de las FAR (Fuerzas Armadas Revolucionarias).

El verbo “reconstruir” significa volver a construir y reconstituir. El Templo, la Fuente de la India, el Teatro Martí y la estatua de la República en el Capitolio, que estudiaremos sucesivamente,⁹ son representativos de la identidad pre nacional y nacional.¹⁰ Forman –con otros– el cuerpo monumental simbólico de la “habaneridad” y la “cubanidad”, que son conceptos cuestionables por ser evolutivos en el tiempo.

⁶ Primera etapa: “Habana real y maravillosa”, del 1° de junio al 16 de noviembre de 2018 (año 499); segunda etapa “intensiva”, 16 de noviembre de 2018 al 16 de noviembre de 2019 (año 500); tercera etapa del 16 de noviembre de 2019 en adelante. *Campaña por el Aniversario 500 de La Habana* [vídeo], canal YouTube, 13. 7. 2018, accesible en: <https://www.youtube.com/watch?v=B7WgLGBF6o0>.

⁷ *Campaña por el Aniversario 500 de La Habana*, s.p.

⁸ “Rinde ONU homenaje a La Habana por sus 500 años (+Video)”, *Granma*, 22. 7. 2019, accesible en: <http://www.granma.cu>.

⁹ En el contexto colonial, la Fuente de la India simboliza la identidad criolla; el monumento fundacional más importante es el Templo con su recinto conmemorativo. El Teatro Martí, anteriormente Yrjioa, fue la sede de la primera Asamblea Constituyente de Cuba (1900-1901). En cuanto a la estatua de la República, fue levantada en el Capitolio durante el machadato; restaurada hace poco con la ayuda logística y financiera de Rusia, fue inaugurada el 24 de julio de 2019.

¹⁰ Se admite que la sensibilidad criolla antecede y prepara el sentimiento nacional cubano.

Perspectiva patrimonial simbólica

El recinto sagrado del Templete

De modestas dimensiones –pero en La Habana “hasta lo pequeño es grande”–, este “mini museo” monotemático es el recinto monumental más representativo de la fundación urbana soñada y recreada. Recordó Leal que “[aunque] la ciudad es toda porque La Habana tiene muchos centros históricos, este es verdaderamente el centro inicial, el punto de partida”.¹¹

La portada neoclásica del Templete fue ampliada por el aniversario 498 y la puerta de O'Reilly restituida a su sitio original. Se plantó una nueva ceiba y la columna de Cagigal y la Virgen del Pilar que la corona fueron restauradas, así como los cuadros de Juan Bautista Vermay, que representan *El primer cabildo*, *La primera misa* y *La inauguración de El Templete*.¹² En junio de 2015, los responsables del Taller de pintura de caballete de la Oficina nos contaron en qué estado crítico se encontraba la madera de esos cuadros, carcomida por los bichos y los efectos del clima tropical; un grupo de técnicos llevó a mano las tres obras por las calles de La Habana Vieja hasta el laboratorio.¹³ En la actualidad, el Templete es también un mausoleo ya que la Oficina del Historiador trasladó los restos mortales de Vermay y su esposa desde el cementerio Colón a una urna de mármol, cerca del busto del pintor.

El absolutismo dio un nuevo impulso al culto fundacional de La Habana, a la que Fernando VII había atribuido el título de “Siempre Fidelísima” (1824): la columna de Cagigal fue restaurada en 1827 por Don Francisco Dionisio Vives y el Templete inaugurado en marzo de 1828 con una misa solemne celebrada por el Obispo Espada y Landa, en presencia de los mayores representantes del poder.

Lo que poco se recuerda es que era un manifiesto estético, por ser el primer edificio neoclásico de la isla. Se daba la espalda al barroco: los muebles y adornos de la catedral fueron destruidos en tiempos de Espada y Landa y la Academia de San Alejandro (1818), dirigida por Vermay –un discípulo de David– quería propagar el “buen gusto” europeo y “blanquear” las artes.

La revista *El Plantel* (1838-1839) publicó una lámina mediocre del Templete, de la Litografía del Gobierno, con vistas a renovar una iconografía muy criticada por sus suscriptores –lo que no les satisfizo en absoluto. El embellecimiento de La Habana corría parejas con la “guerra de las imágenes” entre la Imprenta de la Real Sociedad Patriótica, (“el taller de los franceses”) financiada por los criollos y la Litografía del Gobierno (“el taller de los españoles”), que recibió los encargos oficiales.¹⁴

¹¹ Maria Karla Villar Mora, “Somos herederos fundacionales de La Habana”, *Eusebio Leal Spengler, Historiador de la Ciudad de La Habana*, 27. 3. 2018, accesible en: <http://www.eusebioleal.com/noticia/somos-herederos-fundacionales-de-la-habana>.

¹² Ver video de Habana Radio: *Restauración del Templete* [vídeo], canal YouTube, 14. 11. 2017, accesible en: <https://www.youtube.com/watch?v=2OsRRzrycR8>.

¹³ El número cero de *Opus Habana* (1996) ya había consagrado un artículo a una restauración anterior de esos cuadros.

¹⁴ El taller de los franceses abrió sus puertas en enero de 1839 y el de los españoles un mes más tarde. Ver detalles de ese conflicto y génesis de los talleres en Sylvie Mégevand, “La alquimia íntima de las

Por la noche del 15 al 16 de noviembre, Eusebio Leal Spengler da tres vueltas a la ceiba que está en el recinto del Templete y deposita monedas al pie del árbol, como muchos habanaviejeros. Este culto sincrético a la ceiba puede tener orígenes precolombinos y africanos, lo que permite reconstruir la “comunidad imaginada” de la nación cubana.¹⁵ Podía leerse en *Legado y Memoria* (2009):

Si nos atuviéramos a la tesis de historiadores como Eric Hobsbawm sobre la “invención de la tradición”, convendríamos de que sería El Templete un buen ejemplo de ese proceso mediante el cual un hecho incierto se convierte en esencialmente verdadero al arraigar como seña de identidad colectiva. Basta acudir allá cada 16 de noviembre y observar a la multitud que, en absoluto silencio, da tres vueltas alrededor de la ceiba con la esperanza de recibir otras tantas gracias de San Cristóbal de La Habana, patrono de la ciudad.¹⁶

El recinto sagrado del Templete es por tanto el núcleo rector de las conmemoraciones.

La Fuente de la India y Noble Habana. Conflictos entre criollos y peninsulares

Emilio Roig de Leuchsenring, primer Historiador de la Ciudad, dedicó varias páginas de *La Habana de ayer de hoy y de mañana* (1928) a la restauración de este símbolo tutelar criollo, obra del italiano Gaggini (1837). A raíz de sus reformas urbanísticas, el Capitán General Tacón¹⁷ mandó erigir la Fuente de Neptuno en el Muelle de Caballería (1837). Su adversario criollo, el Intendente General Claudio Martínez de Pinillos, Conde de Villanueva, replicó financiando la erección de la Fuente de la India, cuya estética neoclásica –corona de plumas, carcaj y cornucopia, etc.– está inspirada en la alegoría de América de Cesare Ripa.¹⁸ Pero las armas de la ciudad –tres torres y una llave– que ostenta en el escudo refuerzan su identidad vernácula.

Publicada en su álbum *Isla de Cuba Pintoresca* (1839-1842),¹⁹ la litografía “Fuente de la India y Noble Habana (vista sacada por medio del daguerrotipo)” de Frédéric Mialhe no sólo exalta el valor estético de la Fuente, sino su modernidad merced al uso previo de la fotografía; subraya el virtuosismo del “taller de los franceses” así como su superioridad técnica sobre el de los españoles. Y los aparatos no eran tan corrientes en aquel entonces porque su uso estaba sometido a la censura colonial.

raíces. Consideraciones estéticas e identitarias sobre la litografía decimonónica de origen europeo”, in: *Caribe Hispano y Europa. Siglos XIX y XX, dos siglos de relaciones* (= Ibero-Americana Pragensis, Supplementum 48), ed. Josef Opatrný, Praga 2018, pp. 139-148.

¹⁵ Con motivo de la 6ª conferencia panamericana (enero de 1928), otra ceiba conmemorativa fue plantada en el Parque de la Fraternidad Americana, en tierras de todos los países latinoamericanos.

¹⁶ Eusebio Leal Spengler, Argel Calcines, *Legado y memoria*, La Habana 2009, p. 36.

¹⁷ Ver Emmanuel Vincenot, *Histoire de La Havane*, Paris 2016, p. 305 y siguientes.

¹⁸ Cesare Ripa, *Iconologia*. La primera edición ilustrada es de 1603.

¹⁹ *Isla de Cuba Pintoresca* (1839-1842), Habana, Litografía de la Real Sociedad Patriótica, 9ª entrega, ca. 26 de julio de 1841.

Las metamorfosis del Teatro Martí

Construido en 1884, el Teatro Yrijoa fue denominado Teatro Martí al convertirse en la sede (1900-1901) de la Asamblea Constituyente que dio lugar a la primera República cubana independiente. El “Coliseo de las cien puertas” es por tanto otro lugar de referencia importantísimo en el imaginario nacional. En realidad, dos teatros se responden material y simbólicamente, como dos Habanas y dos Cubas: el Martí y el Campoamor –antiguamente Albisu–, uno recién restaurado por la Oficina y otro que sigue en ruinas. Construido en 1869, el Albisu era el teatro de la zarzuela, típicamente española.

Iniciada en 1998 tras varios percances y en pleno periodo especial en tiempos de paz, la larga restauración del Martí culminó el 24 de febrero de 2014 con una ceremonia de reapertura en presencia de Leal, de Raúl Castro –a la sazón Primer Ministro– y de los dignatarios más importantes del Estado y de la Asamblea del Poder Popular. *Opus Habana* dedicó no menos de 25 páginas al evento.²⁰

Al cuestionar la política restauradora de la Oficina –qué edificio debe conservarse; deben restaurarse viviendas en vez de monumentos–, el renacimiento del Martí se inserta en la “polémica de las ruinas” entre el Editor General de *Opus Habana* Argel Calcines y Antonio José Ponte, escritor y guionista de la película *La Habana. Arte nuevo de hacer ruinas*.²¹ En 2011, Calcines nos declaraba:

Yo a veces digo que las ruinas incluso tienen su estética: el romanticismo es la estética de las ruinas. En el famoso documental alemán en el que Ponte fue el que hizo el guión o lo coordinó, por ejemplo, recuerdo que hay un señor que vive en el Teatro Campoamor y lo está cuidando porque vive ahí. En los planes de la Oficina del Historiador de la Ciudad está la restauración del Teatro Campoamor; pero estamos en el Martí. Quisiéramos restaurarlo todo; por favor, quisiéramos restaurarlo todo ¡si hemos restaurado otra cosa!²²

Hace poco, Eusebio Leal reiteraba los deseos de la Oficina de restaurar el Campoamor. Pero la renovación del Capitolio fue el blanco del Aniversario 500 –se dice que ha consumido y consumirá el presupuesto de la Oficina por varios años.

La estatua de la República en el Capitolio

Epígono del Capitolio estadounidense y del Panteón de París, este monumento enorme y carísimo fue edificado durante el machadato con vistas a albergar al Senado y a la Cámara de representantes; fue inaugurado el 20 de mayo de 1929, día de la Fiesta Nacional. Símbolo de la “república intervenida”, es hoy la sede de la Asamblea Nacional del Poder Popular, que ocupa el ala norte desde 2016; el hemiciclo

²⁰ Ver detalles en Sylvie Mégevand, “*Opus Habana*, organe du discours urbanistique de la Oficina del Historiador de la Ciudad de La Habana”, *Caravelle* 105 (2015), pp. 35-51.

²¹ Florian Borchmeyer, Matthias Hentschler, *La Habana. Arte nuevo de hacer ruinas*, Raros Media 2006.

²² Sylvie Mégevand, *Faire du passé un avenir. Utopie et réalités de l'Oficina del Historiador de la Ciudad de La Habana (1938-2012)*, Université de Pau et des Pays de l'Adour, 2012, 138 p. (Estudio HDR, inédito)

norte fue nombrado “Camilo Cienfuegos”. Se sigue restaurando el ala sur, cuya inauguración se prevé para el 16 de noviembre próximo.

Recubierta de oro —era de bronce anteriormente—, la deslumbrante estatua de la República²³ fue inaugurada el pasado 24 de julio —dos días antes del Día de la rebelión nacional— por Raúl Castro, jefe de las Fuerzas armadas cubanas y ex Primer ministro en presencia del Serguéi Lavrov, ministro ruso de Asuntos exteriores. Durante ese acto ceremonial formal, se veían trajes oscuros, guayaberas blancas y pocas mujeres. El decorado descomunal del Capitolio parecía aplastarlos a todos.²⁴

En su discurso, Eusebio Leal omite el machadato y agradece a Vladimir Putin por haber dado a la Oficina los medios logísticos²⁵ para restaurar la República, que se convierte en símbolo de la lucha armada: la lanza y el escudo son símbolos de “la Patria invicta y luchadora [...] que inició su lucha en 1868, lucha que culminó con la victoria gloriosa de la Revolución el 26 de julio”. En cuanto al “oro ruso de los montes rusos para la estatua y la cúpula, de 24 quilates”, “representa la pureza de la amistad entre la Federación rusa y el pueblo cubano”.²⁶

El protagonismo de Rusia en la política patrimonial de la Oficina del Historiador no es nada nuevo,²⁷ como lo demuestra la construcción *ex nihilo* de dos catedrales ortodoxas en La Habana Vieja: San Nicolás de Mira —edificada en 2004 en el recinto del convento de San Francisco de Asís e inaugurada por Fidel Castro— y Nuestra Señora de Kazán, terminada en 2009 e inaugurada por Raúl Castro y el patriarca de Moscú Kiril. Su creación en un contexto de penuria desató la “polémica de las ruinas”.²⁸

Conclusión

Como 500 años atrás, La Habana sigue inventando sus mitos. Al escenificar “a lo grande” los monumentos más significativos de su Centro Histórico —y en especial de La Habana Vieja, punto de partida teórico de la ciudad original—, convoca la memoria colonial, neocolonial, revolucionaria y posmoderna. Los antiguos eslóganes marxistas-leninistas dejan paso a un discurso programático más universal —utopía, fraternidad, belleza...— en el que La Habana sigue teniendo el papel preponderante como capital de Cuba.

²³ Obra del italiano Giuseppe Zanelli, esta alegoría de bronce mide 17,54 metros y pesa 49 toneladas; domina el famoso diamante del kilómetro cero cubano.

²⁴ *Acto inaugural de la obra de restauración de la Estatua de la República* [vídeo], canal YouTube, 24. 7. 2019, accesible en: <https://www.youtube.com/watch?v=DAcluYgfW8s>.

²⁵ Por la empresa de construcción rusa CMC Development.

²⁶ *Acto inaugural de la obra de restauración de la Estatua de la República* [vídeo], canal YouTube, 24. 7. 2019, accesible en: <https://www.youtube.com/watch?v=DAcluYgfW8s>.

²⁷ Con el apoyo del clero ortodoxo ruso, Putin lleva una política religiosa y monumental a escala internacional, como lo prueba la construcción de la nueva catedral de la Santa Trinidad de París a orillas del Sena (arquitecto: Jean-Michel Wilmotte), que fue consagrada por el patriarca Kiril en diciembre de 2016.

²⁸ Ver detalles en Sylvie Mégevand, “La Havane. Polémiques autour d’une utopie tropicale”, in: *Pérennité ou changement: identités et représentations dans les aires culturelles caraïbes*, ed. Noémie Le Vourch, Fátima Rodríguez, Brest (France) 2016, pp. 61-79.

En todo caso, es probable que las celebraciones provoquen frustraciones –individuales, locales– y oculten otros problemas:

El Historiador de la Ciudad afirmó que el advenimiento de sus 500 años [...] ha sido motivo de inspiración y fuerza para realizar notables obras sociales y de restauración en la capital cubana.²⁹

Como recordó Leal, La Habana es capital de todos: de los habaneros, de la nación cubana. Pretende serlo del mundo; por su pasado, su presente y su futuro, es la “Cosmópolis” cultural anteriormente definida por Argel Calzines.³⁰ La utopía lealiana y el realismo dictado por la crisis conviven de modo aparentemente complementario: por un lado, una ambiciosa política de rescate patrimonial, pero centrada con el Aniversario 500 en los monumentos de mayor prestigio; por otro, la explotación del turismo de masas y de lujo,³¹ compatible con una lectura urbana universal generadora de divisas.

²⁹ Maria Karla Villar Mora, “Somos herederos fundacionales de La Habana”, *Eusebio Leal Spengler, Historiador de la Ciudad de La Habana*, 27. 3. 2018, accesible en: <http://www.eusebioleal.cu>.

³⁰ Concepto estudiado por Leonie Sandercok en *Towards Cosmopolis. Planning for Multicultural Cities* (1998). Detalles en Sylvie Mégevand, *Faire du passé un avenir. Utopie et réalités*, pp. 94 y sig.

³¹ Administrada por el Grupo Gaviota e inaugurada el 8 de junio de 2017, la Manzana de Gómez-Kempinski consta de un hotel de cinco estrellas y de una galería con marcas de lujo internacionales. Kempinski es un grupo alemán.

LA HABANA EN SU 500 ANIVERSARIO: FUNCIÓN SOCIAL Y MÍTICA DEL MALECÓN

Mélanie MOREAU-LEBERT

En la Historia de América Latina y el Caribe, existe un lugar emblemático, tanto física como simbólicamente. Un lugar a la vez público y privado de siete kilómetros de largo y algunos metros de anchura: El Malecón de La Habana, considerado como el mayor y más hermoso de las Américas. Su existencia está intrínsecamente relacionada con la Historia de una ciudad, La Habana, que en el año 1543, fue convertida por la Corona española en punto de escala y reunión de todos los buques procedentes de América. El puerto de la capital cubana fue durante siglos el lugar de intercambios por antonomasia en la región, intercambios comerciales pero también humanos, hervidero de marinos, comerciantes, gente de mala vida, esclavos, viajeros o inmigrantes. A finales del siglo XIX y principios del siglo XX, los muelles de la Luz¹ son los lugares más concurridos de la isla, adonde llegan diariamente mercancías y enjambres de viajeros e inmigrantes, Cuba siendo el país privilegiado por una población en su mayoría española que vino a probar suerte en las Américas. Este flujo constante tiene como consecuencia la apertura de muchos establecimientos en las inmediaciones del puerto, tabernas, casas de huéspedes, posadas y casas de lenocinio.

Pero en los albores del siglo XX, bajo mando norteamericano, se esbozan las primeras líneas de un proyecto urbanístico que sobrevivirá a veintitrés presidentes de la República, a distintas apelaciones, y que se convertirá en el lugar más concurrido de La Habana. Es más, puesto que el Malecón resulta ser el tropo al que más acudirán los escritores de la isla o de la diáspora en novelas, ensayos o poemas en que la temática urbana está omnipresente. En este trabajo, veremos en qué medida este muro de hormigón puede considerarse a la vez como espacio abierto y cerrado, público y privado, parangón del encuentro y desencuentro, testigo inquebrantable de la Historia individual y colectiva de Cuba.

La intervención norteamericana de 1898 marcó el inicio de una política de saneamiento general de la isla para responder a las exigencias de modernidad de los futuros inversionistas. Las obras empezaron en 1901, dirigidas por los ingenieros Mr. Mead y su ayudante Mr. Whitney bajo el Gobierno interventor norteamericano del General Wood. El propósito era construir sobre los arrecifes de la zona una avenida a lo largo del litoral desde el Castillo de la Punta hasta la Chorrera, la desembocadura del río Almendares, para erradicar los criaderos de *Aedes Aegypti* que se multiplicaban en los charcos, y controlar de esta manera los brotes de fiebre

¹ El puerto de La Habana se organizaba de la manera siguiente: Los muelles principales se encontraban desde el Castillo de La Fuerza hasta la plaza de San Francisco y eran los que prestaban servicio a los barcos provenientes o con destino a ultramar. Desde el “Muelle de Luz” hasta el “Baluarte de San Isidro”, los que aseguraban el tráfico de pasajeros y mercancías por el interior de la bahía. Luego estaba el “Muelle del Arsenal”, destinado a la construcción y reparación de navíos.

amarilla que causaban muchos estragos entre la población. Amen de esta causa sanitaria, se trataba de embellecer la ciudad y proporcionarles a los habitantes un lugar de esparcimiento para disfrutar de las frescas brisas marinas que aliviaban el calor del trópico. Por fin, se pretendía levantar un muro capaz de contener las olas durante las temporadas ciclónicas, muy frecuentes en esta zona del Caribe. El primer tramo iría desde el Castillo de la Punta hasta los baños de los Campos Eliseos y la susodicha avenida recibiría el nombre de Avenida del Golfo, aunque siempre fue llamada “Malecón” por los cubanos. En una pequeña plazoleta frente al comienzo del Paseo del Prado y pegada al Castillo de La Punta, se construyó una pequeña glorieta de estilo griego, donde la gente acudía a escuchar la Banda Municipal de la ciudad y hasta donde llegaban los paseos del carnaval.² Inaugurada el 20 de mayo de 1902, aquella glorieta fue demolida en el año 1926, por obstaculizar los planes de ampliación del Malecón.³ Hasta finales de los años 50, los distintos presidentes se empeñarán en prolongar la obra y amenizar los alrededores.

A la hora de sumirnos en las funciones del malecón de La Habana, tenemos que destacar tres aspectos que definen este vocablo y que funcionan como elementos independientes y a la vez unívocos. Primero está el muro, de cemento, de un metro de altura y casi sesenta centímetros de anchura. Luego, tenemos la acera, muy ancha, de tres o cuatro metros, por la que transitan los cubanos de a pie y los turistas. Después de la acera viene la avenida con sus 4 carriles por la que pasan los carros, caballos y otros vehículos. Por fin, enfrente, están los famosos edificios de imponentes soportales, majestuosos en las primeras décadas del siglo XX pero hoy en

² Miguel de Carrión, en su novela *Las Honradas* publicada en 1917, describe el ambiente de la época en aquella plazoleta: “Se paseaban por el Prado y la explanada del Malecón [...] los días de moda se aglomeraban allí las gentes mientras una doble fila de carruajes daba vuelta monóticamente alrededor; y una banda de música tocaba en el feísimo templete que cierra la avenida por el lado del mar. Las mujeres muy elegantes se exhibían con aire lánguido de odaliscas. Los hombres miraban con cinismo.”

³ “Durante el gobierno de Tomás Estrada Palma (1902-1906) se continuaron las obras del Malecón hasta el Parque Maceo. El centro de gravedad de la ciudad se había trasladado a extramuros, al Paseo del Prado, una gran plaza lineal. Continuó la prolongación del Malecón, llevándolo hasta la esquina con la calle G de El Vedado (1916-1919), lugar que luego se conoció como El Recodo. La obra se comenzó en marzo de 1926 y se terminó en 1929. La prolongación del Malecón hacia el oeste, sería obra del gobierno del general Machado y su ministro de Obras Públicas, Carlos Miguel de Céspedes, quien en 1930 lo adelantó hasta la calle ‘G’ y no fue hasta alrededor del año 1955 en que Batista lo continuó hasta la calle Paseo, donde se interpuso el Palacio de los Deportes, que estaba situado donde hoy está la fuente de la Juventud frente al hotel Habana Riviera. Gerardo Machado y Morales (1925-1929) (1929-1933) hizo una de las más importantes contribuciones al embellecimiento y planificación de La Habana. En 1930, Carlos Miguel de Céspedes lo lleva hasta la calle G, también llamada Avenida de los Presidentes. En 1944 se inició el desarrollo de La Rampa concebida para ser con el tiempo el Paseo del Prado de la modernidad. Desde el año 1950 se hablaba de prolongar el Malecón hasta en nivel de la calle 12 del Vedado para, a través de un gigantesco puente colgante. Por último, a partir de 1954 y hasta 1958, se continuó ampliando hasta llegar a su punto final, junto al Castillo de la Chorrera, en la desembocadura del río Almendares, frontera natural entre La Habana y Marianao. Estos trabajos fueron realizados por la Société des Grands Travaux de Marseille.” Francisco D. Morillas Valdés y Diamela María Morillas Naún, “La Habana: ciudad monumental, Balance de su desarrollo arquitectónico urbanístico en la República (1902-1959)”, *La Jiribilla. Revista digital de cultura cubana* V, 2006.

estado de deterioro avanzado, luchando en vano con el salitre y el mar. En los años veinte, cuando la época de bonanza económica llamada “Las vacas gordas” propició el auge de una nueva clase burguesa muy afortunada, y con ella un despilfarro sin límites en lujosas mansiones símbolos de la posición social de sus propietarios, en el malecón convivieron tres espacios, que correspondían a tres franjas sociales, como lo denuncia Jorge Mañach en 1925:

Quién negará que sea toda una institución este muro que huele a mar [...] ¡ah, ése sí que no reconoce castas! [...] Allá enfrente están los edificios orondos de los ricos, con la barroca arbitrariedad de su perfil quebrado y de sus fachadas veleidosas. Allá están los soportales donde los niños gorditos que tienen grandes automóviles de verdad y pequeños automóviles de mentira, juegan –aburridos de unos y otros– los villanos juegos de los negritos junto al muro; [...] Pero enfrente están el muro y su acera, patrimonio del anonimato humilde. Entre este mundo y aquél se extiende, como una faja mixta de transición, el ancho paseo –la Avenida del Golfo–, que lo mismo admite al gran Packard charolado, de discreto zumbido y digno rodar, que al mísero “fotingo” de alquiler, estrepitoso y endeble. El paseo actúa de mediador, de amigable componedor. Se inclinará a los ricos, pero no se niega abiertamente al servicio de los pobres cuando éstos recaban su derecho. El muro y su acera ya son otra cosa. Esta ya es región decididamente democrática, hortus conclusus para el hidalgo con ínfulas. [...] A lo largo de su acera, corren a toda velocidad los muchachos remendados que tienen un solo patín y los que compraron su bicicleta a plazos. Por ella deambulan también las criadas sin colocación, los artesanos fatigados, los horteras en asueto, los viejos con traje de alpaca negra, las mil variedades de El hombre en mangas de camisa.⁴

En este conjunto que conforma el Malecón, el muro es sin lugar a dudas la parte más importante y más simbólica. Visualmente, es una frontera de cemento, entre el mar y la ciudad. Para el escritor Leonardo Padura, esta frontera es triple.⁵ Considera que obviamente es geográfica, por separar la tierra y el mar, un mar caprichoso que vacila entre calma chicha y enfurecimiento; es física, ya que separa elementos sólidos y líquidos pero sobre todo actúa como frontera mental, oponiendo dos conceptos antinómicos “dentro y fuera”, poniendo desde hace siglos a la gente frente a la realidad tajante de una condición que moldeó la forma de pensar y vivir de los cubanos, la insularidad.

El Malecón: el lugar de encuentro por antonomasia

Ya desde la construcción de los primeros tramos en 1901, el Malecón se convierte en punto de escala y pausa de la población, en lugar de sociabilidad adonde acuden extranjeros y cubanos. En la glorieta recién construida se escuchan los conciertos de la banda municipal, se presencian los desfiles del carnaval, en los carriles se dan

⁴ Jorge Mañach, “El Muro del Malecón”, *El País*, Madrid 1925. Citado según Jorge Mañach, *Estampas de San Cristóbal*, Havana 2000, p. 17.

⁵ Leonardo Padura, “La maldita circunstancia del agua por todas partes”, *Nexos*, 1. 9. 2019, accesible en: www.nexos.com.mx.

las primeras carreras de automóviles, suplantando paulatinamente el rechinar de los caballos tirando las volantas, transporte colonial genuinamente cubano. La gente viene por la tarde a disfrutar de la brisa, a conversar y ver los barcos llegando de Europa cargados de inmigrantes⁶ o los buques de las compañías norteamericanas que traen a una nueva clase de viajeros adinerados. El Malecón hereda también una costumbre del siglo anterior, el de los baños públicos. En 1864, se construyeron varios balnearios como “El progreso”, calle E, “El Encanto” y “El Océano”, asequibles para las familias de menos recursos, especialmente en su función de baños públicos. La gente se bañaba entonces en lo que se llamaban pocetas de ahogado, conformadas por la disposición natural de las rocas o cavadas artificialmente en estas. Las había pequeñas, con locales reservados para la familia, y otras muy amplias, en las que se bañaban, por separado, hombres y mujeres. Los baños de Carneado, en Malecón y Paseo, llegaron a ser la mejor diversión habanera para el domingo.⁷ Estos baños van a desaparecer con la ampliación del Malecón en las primeras décadas de la República.

Desde aquella época al Malecón viene la gente a pasear, a conversar, a enamorar, algunos a pescar o nadar, y lo más interesante es que aquel espacio tiene la capacidad de convertirse en lugar público o privado en función de la posición escogida por los individuos cuando se sientan. Generalmente, sentada frente a la ciudad, de espaldas al mar, la gente comparte el ritmo de la Habana, su energía y su generosidad. En la novela *Contrabando*, publicada en 1938, Enrique Serpa sume al lector en la vida del puerto de La Habana con el contrabando de alcohol en tela de fondo. Describe los lugares de etapas y escalas, bares, hoteles, posadas, donde se mezclan bandidos, marinos, viajeros y prostitutas, y el Malecón no es de menos: “El calor tórrido había empujado a la gente fuera de las casas. Y una muchedumbre rumorosa, manejada fácilmente por el policía, atravesaba la calle para dirigirse, anhelosa de frescas rachas marinas, al malecón [...] Toda aquella gente se desbordaría sobre el malecón, para sentarse en el muro.”⁸

El Malecón y su bulliciosa actividad social, el muro y la irreprescible atracción que ejerce son los motivos más referidos en la narrativa urbana desde hace más de un siglo. Si no existe una persona que pasando por La Habana no se haya detenido en el Malecón, tampoco existe un escritor capitalino que no lo haya citado en sus obras. En la primera mitad del siglo XX, Miguel de Carrión, Carlos Loveira, Enrique Serpa, Lisandro Otero, Virgilio Piñera, Nicolás Guillén, Alejo Carpentier, José Lezama Lima, Guillermo Cabrera Infante comparten una visión privilegiada del Malecón que se hace desde el mar, y va emparejada con un fuerte compromiso

⁶ El periodo 1882-1930 es la etapa de la migración española masiva a Iberoamérica, debido a problemas de tipo económico, problemas demográficos. Cuatro de cada diez españoles se asientan en La Habana, y una proporción similar en las provincias azucareras de Oriente, Camagüey y las Villas.

⁷ El dueño del baño “El Progreso” lo convirtió en un gran negocio. Sobre la gran nave que cubría sus pocetas construyó catorce apartamentos dotados de sala-comedor, dos habitaciones y servicios, que alquilaba por cien pesos mensuales, y en Tercera, entre la calle B y la calle C, edificó varias casas de madera, pequeñas, destinadas también al alquiler durante el verano. Para tener derecho al baño de mar, la gente tenía que pagar 50 centavos.

⁸ Enrique Serpa, *Contrabando*, La Habana 1982, p. 123.

de los autores frente al contexto histórico. Hacen del Malecón un espacio único, dotado de una luz propia.

La trilogía de Lisandro Otero, *La Situación*, premio Casa de las Américas 1963, *En Ciudad Semejante* en 1970, y *Arbol de la vida*, en 1992, se inicia y se clausura con la mirada del protagonista Luis Dascal frente al mar. En *La Situación*, novela plasmada en el año 1951, los colores y las luces de La Habana son alabadas:

Era la villa de San Cristobal de La Habana ardiendo bajo el sol. El “Duque de Toledo” se acercaba a la ciudad con todas su velas henchidas por el viento propicio. Un marinero le dijo: “¿Qué le parece? Ahí la tiene: ¡La bella Habana!” [...] Al atardecer la vieja ciudad adquiría sus matices de rosa pálido, naranja quemado y siena [...] envuelta en una luz difusa, parecía entonces haberse sometido a un esotérico experimento de levitación.⁹

En la página 71, el narrador compara La Habana con una línea luminosa en el horizonte, y más adelante, Susi, una muchacha a la que ha llevado de paseo por el mar le pregunta:

¿qué es esa nube blanca tan grande?
– Esa es La Habana [...], el reflejo de ella en el cielo.¹⁰

Guillermo Cabrera Infante, en *La Habana para un infante difunto*, les atribuye al Malecón y a la ciudad una luz casi sobrenatural:

Pero en La Habana había luces dondequiera, no sólo útiles sino de adorno, sobre todo en el paseo del Prado y a lo largo del Malecón, el extendido paseo por el litoral, cruzado por raudos autos que iluminaban veloces la pista haciendo brillar el asfalto, mientras las luces de las aceras cruzaban la calle para bañar el muro, marea luminosa que contrastaban las olas invisibles al otro lado: luces dondequiera, en las calles y en las aceras, sobre los techos, dando un brillo satinado, una pátina luminosa a las cosas más nimias, haciéndolas relevantes, concediéndoles una importancia teatral o destacando un palacio que por el día se revelaría como un edificio feo y vulgar [...]. La fosforescencia de La Habana no era una luz ajena que venía del sol o reflejada como la luna: era una luz propia que surgía de la ciudad, creada por ella, para bañarse y purificarse de la oscuridad que quedaba al otro lado del muro.¹¹

Aquella impresión de fosforescencia se repite bajo la pluma de otro amante de Cuba, el poeta Federico García Lorca, el que, desde La Habana donde se quedó varios meses, escribe a sus padres las palabras siguientes, el 5 de abril de 1930: “Aquí he pasado los mejores días de mi vida [...] Si yo me pierdo, que me busquen en Andalucía o en Cuba.” Meses después de su regreso a España, en un salón de Madrid, lee al público venido a escuchar sus relatos de viaje a América su llegada

⁹ Lisandro Otero, *La situación*, La Habana 1975, p. 34.

¹⁰ *Ibidem*, p. 73.

¹¹ Guillermo Cabrera Infante, *La Habana para un infante difunto*, Barcelona 1979, p. 7.

a La Habana: “El barco se aleja y comienzan a llegar, palma y canela, los perfumes de la América con raíces, la América de Dios, la América española. ¿Pero qué es esto? ¿Otra vez España? ¿Otra vez la Andalucía mundial? Es el amarillo de Cádiz con un grado más, el rosa de Sevilla tirando a carmín y el verde de Granada con una leve fosforescencia de pez.”

Aquella fascinación por el Malecón sigue existiendo al dar la vuelta, al sentarse del otro lado, frente al mar, cuando la perspectiva cambia, cuando el lugar público de encuentro con los demás se vuelve espacio privado, propicio al ensimismamiento y al encuentro consigo mismo.

Siempre funcionó el Malecón como imán para aquellos que necesitan pensar, reflexionar, soñar y recordar, mirar lo infinito del mar y hurgar dentro de sí mismos. La calma ofrecida por aquella escala en este lado del muro es turbadora. Hoy, es casi el único lugar donde uno puede escapar del ruido, del calor de la ciudad, una ciudad en la que la intimidad y la privacidad son unos ensueños al que renunciaron los cubanos hace mucho tiempo, especialmente desde el período especial y sus consecuencias económicas. La visión del mar es propicia a la introspección porque contrasta en sumo grado con el deterioro de la Ciudad.

Alejo Carpentier, ya escribía en la revista *Tiempo* en 1940:

Porque todos los elementos de la perfección coexisten en La Habana: un malecón comparable únicamente con los de Niza y Río de Janeiro, un clima que propicia flores en todos los tiempos; un cielo que no cubre los pavimentos con lodos grises; una situación geográfica que pone decoración de mar, nubes o sol, al final de cada calle... Y sin embargo... La Habana es la ciudad de lo inacabado, de lo cojo, de lo asimétrico, de lo abandonado.¹²

Al escudriñar en las olas rompientes, los individuos llegan a encerrarse, por fin logran aquella intimidad, tal como en una habitación secreta, una necesaria habitación propia como la concibió Virginia Woolf, y en este caso, el mar no siempre remite a la lejanía o la otredad. Abilio Estévez, en *Inventario secreto de La Habana*, publicado en el 2004 dice lo siguiente: “El Malecón ha sido y es, como la ciudad misma, muchas cosas... sé que una muy importante tiene que ver con el hecho de que misteriosamente nos encontrábamos allí más cerca del mundo. Mientras estáviéramos en el muro, frente al mar, Paris, San Francisco, Xalapa, Atenas, Estambul se situaban a tiro de piedra.”¹³ El muro, cuando uno le da la espalda a la ciudad, a la isla, puede ser la frontera cercana, el último límite con el mundo.

En los años noventa, cuando el derrumbe del campo socialista hundió a Cuba en el terrible Período Especial, y al pueblo en la penurie y la miseria, nació un nuevo género literario, el llamado realismo sucio, que tomó como escenario una Habana desvencijada, llena de inmundicias y desperdicios, donde reinaba imperiosamente la suciedad no sólo en la ciudad, sino también en las almas de los habitantes, roídos por un instinto de supervivencia que los asemejaba a animales. Los edificios

¹² Alejo Carpentier, “La Habana, ciudad sin terminar”, *Tiempo*, 10. 12. 1940.

¹³ Abilio Estévez, *Inventario secreto de La Habana*, Barcelona 2004, p. 61.

carcomidos del Malecón abrigan a los personajes, entre sexo y excrementos. El único tropo redentor es el muro, despertador de belleza y vida, de espaldas a la capital. En *El Rey de La Habana* de Pedro Juan Gutiérrez, publicado en 1999, lo abyecto se desvanece cuando el protagonista contempla el crepúsculo en el Malecón:

De nuevo se sentó en el muro. El crepúsculo se encendía más aún. El cielo, el agua, las paredes de las casas, las piedras de los arrecifes costeros y el líquen verde que los recubría, la piedra de cantería en El Morro, todo lo que tocaba aquella luz se convertía en dorado, rosado, violeta, colores indescifrables. La belleza lo rozaba. En los crepúsculos, en las mujeres, en la alegría de vivir que latía a su alrededor, en la música, en la presencia infinita del mar, en el aire saturado de olores. La vida latiendo. Y él ajeno a todo. Sin embargo, en aquel momento Rey se sentía bien. No sabía por qué. Nadie le había enseñado a degustar lo hermoso. Pero aquél era un buen momento.¹⁴

El desencuentro

El mar es lo que caracteriza La Habana, y el muro es la frontera entre la tierra caribeña, caliente, y el mar apacible o encrespado. Esta situación calificada por Virgilio Piñera, en su verso más famoso, como “La maldita circunstancia del agua por todas partes” (*La isla en peso*, 1943), remite, como lo afirma Leonardo Padura, en un artículo dedicado a La Habana, al malecón y a la insularidad, publicado en el 2013, y titulado a propósito “La maldita circunstancia del agua por todas partes”, a la fatalidad geográfica de una insularidad que ya había sentido en el siglo XVIII Carlos, el protagonista del *Siglo de las Luces* de Alejo Carpentier, al llegar a La Habana:

Carlos pensaba, acongojado, en la vida rutinaria que ahora lo esperaba [...] condenado a vivir en aquella urbe ultramarina, ínsula dentro de la ínsula, con barreras de océano cerradas sobre toda aventura posible [...]. El adolescente padecía como nunca, en aquel momento, la sensación de encierro que produce vivir en una isla; estar en una tierra sin caminos hacia otras tierras a donde se pudiera llegar rodando, cabalgando, caminando, pasando fronteras...¹⁵

Subraya también el hecho de que “El Malecón constituye el fin de algo y el principio de otra cosa, en dependencia del punto de vista o el estado de ánimo con que se le quiera mirar. Principio o fin de la isla; principio o fin de lo que está más allá, siempre como una promesa más o menos inalcanzable.”¹⁶

En primer lugar, este aspecto se relaciona con la despedida, que se hace desde el Malecón. Momento feliz y prometedor cuando a principios del siglo XX la gente viene a despedir los barcos que zarpan para los Estados Unidos, transportando viajeros adinerados anhelantes de descubrir Miami o Tampa. Del mismo modo, se despiden los inmigrantes europeos, que después de haber hecho escala en La Habana, siguen el viaje hacia otros países, especialmente Argentina. En cambio, hartos difícil es la despedida del ser querido, desde un Malecón en el que se puede observar el

¹⁴ Juan Pedro Gutiérrez, *El Rey de La Habana*, Barcelona 1999, p. 160.

¹⁵ L. Padura, “La maldita”.

¹⁶ *Ibidem*.

barco alejándose hasta que desaparezca detrás del horizonte, un momento que se alarga debido a la configuración de esta frontera de cemento. Carlos Loveira, en la novela social *Los Inmorales* que se enmarca en la República de los años veinte, en pleno debate sobre el divorcio, describe la salida de Elena, última conquista del protagonista Jacinto, hombre casado y padre de una niña. Aquella partida inacabable de la mujer de la que acabó por enamorarse en vano simboliza la felicidad inalcanzable en una sociedad roída por los falsos valores:

De los que se quedaban fue Jacinto el último que saltó al muelle. Mientras el capitán ocupaba su puesto en el puente los cargadores cerraban los portales y los cabrestantes recogían los cabos, el joven se fue al costado de la popa [...] Quiso aprovechar la solemnidad del último instante, la visible emoción de la joven, para arrancar de ella, de la inolvidable, siquiera fuese una palabra de sosegadora esperanza.

—Mire, Elena: me pondré debajo de este foco eléctrico, para que nos veamos hasta el último minuto. Quédese usted, también, debajo de esa roseta de luces.

—Bueno.

—Y dígame adiós con el pañuelo.

—Sí; y usted también me lo dice “a mí”.

—¡Como no! No soy tan malo como usted que no quiere comprometerse a escribirme.

—Ah, no se puede.

—Sí, Ele, escríbame, mire usted: sí se puede. ¿Quiere?

—No sé, veremos.

—Nada de veremos. Di...

Un último y rápido lamento de la sirena, y el buque comenzó a retroceder majestuosamente, en medio de un manto de espuma.

—Adiós Elena.

—Adiós.

A la claridad de las luces del muelle, agitáronse los pañuelos. El “benito Stenger” describió una graciosa curva [...] Luego se presentó de perfil, airoso, elegante, [...] y por último, el vapor enfiló el canal de salida y desapareció tras la muralla de cascos y el bosque de mástiles y cordajes de las embarcaciones amontonadas en aquel lado del puerto.¹⁷

Pero la despedida muchas veces representa el momento trágico y desgarrador de la separación de los seres queridos y del abandono de una patria sin promesa de retorno, cuando se trata de la persona que ya observa el Malecón de lejos, desde el mar, o desde el cielo. A partir del triunfo de la Revolución en 1959, y hasta las recientes modificaciones realizadas en materia de emigración, los cubanos residentes en la isla no pudieron salir del país a su guisa, sometidos a numerosas condiciones y trámites burocráticos. Salida legal y segura en ciertos casos, a peligro de su vida en otros. Harto chocantes fueron las imágenes de hombres y mujeres montándose en embarcaciones de fortuna en el episodio de Mariel en 1980, o en 1994, cuando los balseiros huyeron de la pésima situación económica del Período Especial. El Malecón otra vez fue testigo y teatro de la Historia nacional, cuando el

¹⁷ Carlos Loveira, *Los Inmorales*, La Habana 1980, pp. 57-58.

5 de agosto del 94, una muchedumbre se desbordó en aquel espacio, no para sentarse en el muro a tomar la brisa, sino a manifestarse contra el gobierno que había interceptado cuatro embarcaciones que navegaban hacia las costas de los Estados Unidos sin autorización. A ese episodio traumático se le dio el nombre evocador de “Maleconazo”.

El exilio tiene como último límite el Malecón, un espacio que actúa como despertador de la memoria en aquellos que se fueron. Anónimos o famosos, en cartas, sitios webs, meras conversaciones, ensayos o novelas, todos evocan el Malecón al recordar su país. Aquel recordar actúa incluso como elemento unificador de la memoria colectiva, como punto de partida de un discurso común y comprensible por todos, hasta los extranjeros. Entre los intelectuales cubanos, Guillermo Cabrera Infante, miembro de la diáspora, dijo lo siguiente en un autorretrato impactante:

Pensé, mirando al puerto, que hay alguna relación, sin duda, entre el mar y el recuerdo. No solamente que es vasto, y profundo, y eterno, sino que viene en olas sucesivas, idénticas, y también incasantes. Ahora estaba sentado en la terraza tomando una cerveza, y llegó un golpe de brisa, ese viento que viene del mar, cálido, que comienza a soplar al caer la tarde, y en asaltos repetidos me llegó el recuerdo de este aire de la tarde. Pero fue el recuerdo total, porque en uno o dos segundos recordé todas las tardes de mi vida. Pensé que yo era el Malecón del recuerdo...

Lugar de pausa y escala para los viajeros desde su creación, lugar de encuentro y desencuentro de una población, el Malecón de La Habana está presente en la Historia de América latina y el Caribe física y simbólicamente. Frontera mental entre “dentro y fuera”, concilia la realidad y los sueños. Citaremos también varios elementos unificadores que siguen mostrando el papel del muro habanero en la identidad nacional y en el imaginario colectivo. En el año 2012, La XI Bienal de La Habana que reunió ciento ochenta artistas de ochenta países convirtió el Malecón en museo al aire libre, exponiendo las obras de veintitrés artistas en su mayoría cubanos. Este proyecto colectivo llamado “Detrás del muro” propuso reflexiones tanto estéticas como socio políticas, presentando frente al mar obras muy impactantes, tales como “Fly Away”, de Arlés del Río, joven artista cubano de treinta y seis años. Aquella instalación, valla de reja metálica que parece haber sido traspasada por un avión, surtió mucho efecto y complació con creces al público. Este proyecto, “Detrás del muro”, imaginado por Juan Delgado Cazadilla, tiene proyecciones en la actualidad ya que cada año se repite y convierte al Malecón en lugar de encuentro, de reflexión, de interculturalidad. El domingo 13 de mayo del 2012, Día de las Madres, el Padre Juan Rumín Domínguez, Rector de la Ermita de la Caridad en Miami, invitó a toda la comunidad a la inauguración del nuevo Malecón de la Ermita del Cobre, réplica del famoso Malecón de La Habana. El Malecón de la Ermita, que los cubanos de Miami venían pidiendo desde hacía años, refleja la añoranza del pueblo cubano por su país y por su símbolo más evocador, el Malecón habanero. Así, atisbando hacia el altamar las inalcanzables luces de La Habana, la gente hace escala en aquel nuevo pedacito de muro abierto sobre el mar Caribe. Otro ejemplo de esta función unificadora de Malecón lo encontramos hace unos años, cuando el

artista cubano Rafael Pérez Alonso realizó una exposición sobre el tema del famoso muro. Se trata de otra Habana, absorbida desde una orilla diferente. Cada pintura representa el Malecón tal como está construido, pero bordando otra ciudad, París o Dubaí, una ciudad que acoge referentes culturales de otras partes del mundo, sin abandonar por ello su propio espacio identitario. Más recientemente, el pasado 7 de septiembre, el grupo conocido internacionalmente, “Gente de zona” ofreció un concierto en el Malecón antes de salir por su gira mundial por Europa, Estados Unidos y América latina. En esta ocasión, y para celebrar los 500 años de La Habana, acudieron 350.000 personas a escuchar al grupo, y frente al público reunido, el vocalista y fundador Alexander Delgado reafirmó su compromiso con Cuba y con la defensa de la creación artística cubana en la escena internacional.

Al declarar “Quien se olvida de donde viene no sabe hacia donde va, y nosotros somos de Cuba”,¹⁸ en este espacio lleno de contenido simbólico que es el Malecón, contribuyó sin saberlo a quebrar las fronteras y conjurar “la maldita circunstancia del mar por todas partes”.

¹⁸ “Gente de Zona en concierto en el Malecón: ‘Nosotros somos Cuba’”, *Cubasí.cu* (online), 8. 9. 2019.

MUSEOS E INSTITUCIONES CIENTÍFICAS EN LA EXPANSIÓN DE LA HABANA

Armando GARCÍA GONZÁLEZ
Miguel Ángel PUIG-SAMPER

El proceso de riqueza, acrecentamiento y expansión de La Habana estuvo impulsado por intereses sociales, políticos y económicos de la metrópoli colonial y de la clase comerciante, pero también media que se fue desarrollando de manera progresiva en las colonias, y que tuvieron diversos puntos de convergencia por obvias cuestiones individuales y colectivas, así como divergentes, algunas de ellas en contradicción con la esperanza y objetivos de estas clases.

Fue grande la relevancia que tuvo el puerto de La Habana,¹ sobre todo a partir de las últimas décadas del siglo dieciocho con la intensificación de la trata y el desarrollo del comercio y la industria por su posición geográfica privilegiada y demás aspectos de la navegación marítima de América; e incluso en la construcción de buques de que se sirvió dicho comercio desde y fuera de España, pero también para otros lugares, en un momento en que las potencias europeas se disputaban la hegemonía mundial.

El desarrollo comercial y creciente aumento de la población, tanto transeúnte como residente, fue también un elemento impulsor en la fundación y desarrollo de tales instituciones. Así la necesidad de distracción e instrucción, fueron incentivos en la creación de teatros, bibliotecas, museos y cafés o tertulias particulares donde se debatían temas artísticos, políticos y científicos; esa misma necesidad de instrucción dio lugar a la fundación de academias, museos, jardines botánicos, cátedras e institutos que tenían diversas funciones: el desarrollo de la industria, el comercio y la agricultura, la conservación de la salud, y el mejoramiento de la población para equipararla con las ciudades más adelantadas del mundo.

Durante esos siglos lo útil y lo bello marcharon unidos de manera indisoluble. Arte y ciencia serán dos mitades de un mismo todo, que será parte del pensamiento ilustrado y decimonónico romántico después, por mucho que algunas voces aisladas se levantaran en contra de ello. Constitutiva de ese mismo pensamiento la atracción por la acumulación de objetos exóticos tuvo en esos siglos, si bien procedente de otros anteriores, gran relevancia, y así se desarrollaron colecciones importantes en gabinetes particulares² que enriquecieron los de las instituciones, en ocasiones rindiendo beneficios económicos a quienes los vendieron.

Como era lógico las principales instituciones se ubicaron en La Habana en los lugares más cercanos al puerto, pues era la zona de mayor comercio y densidad de

¹ Un trabajo preliminar a destacar en ese sentido es el Agustín Guimerá y Fernando Monge (eds.), *La Habana, puerto colonial. Siglos XVIII-XIX*, Madrid 2000.

² Más detalles sobre estas figuras en Armando García González, "El coleccionismo científico en las ciencias naturales en Cuba (siglos XVII y XVIII)", in: *História e meio-ambiente: o impacto da expansão europeia*. Região Autónoma de Madeira 1999, pp. 359-367. Mercedes Valero González y Armando García González, "Ciencia y Coleccionismo en Cuba en el siglo XIX", *Asclepio* 51/1 (1999), pp. 205-226.

población; como habían hecho los hospitales que debían atender a los navegantes que venían en los buques, y desde luego a la población residente. A medida que se incrementó dicha población, esta precisó expandirse hacia ambos lados de la bahía, pero también hacia el interior en proceso continuo.

Del mismo modo se hallaron muy cercanas al puerto las instituciones políticas (Palacio de los capitanes generales y del segundo cabo, Audiencia Pretorial situada en el mismo palacio) junto con objetivos de defensa (San Carlos, de San Salvador del Castillo de La Punta, el de la Real Fuerza) y de represión (la cárcel Real), todas en un principio intramuros y luego extramuros algunas de ellas por cuestiones necesarias (el castillo del Príncipe). En suma, la formación de instituciones científicas y corporaciones recreativas, de instrucción y de control sanitario, comercial e industrial se aglomeraron en la zona vieja de la capital, hasta que la expansión demográfica obligó no solo a salir extramuros, sino que debió ampliarse a las poblaciones más cercanas, y luego a ciudades y pueblos más lejanos, con el incremento de la inmigración y la propia formación de estos.

Los altibajos y en otros casos efímera vida de algunas de estas instituciones se debió a la falta de fondos económicos, mal de que adoleció la administración española del siglo diecinueve; si bien esto no fue siempre así en determinados periodos, sobre todo con las que tenían que ver con las corporaciones sanitarias, por el impacto que tenían las epidemias, que afectaban también a las tropas, o por la medicina legal, como fueron los hospitales como el Militar de San Ambrosio, sus museos anatómicos y anfiteatros, o la Academia de Ciencias, fondos que disminuyeron de manera considerable después de la Guerra del 68.

Otras instituciones y sus museos languidecieron por falta de interés de la elite criolla y peninsular de mayor poder económico que no vio en ellas beneficios económicos inmediatos, como pasó con el jardín botánico, el Instituto de Investigaciones Químicas, o la Sociedad Antropológica, y otras que gracias al interés y esfuerzos individuales de figuras científicas se mantuvieron con vida, hasta más allá de mediados del siglo veinte, como la propia Academia, el Laboratorio Histobacteriológico, etc.

Distracción e instrucción. Los gabinetes y museos de ciencia

La Habana de las dos últimas décadas del siglo dieciocho, salvo los paseos por algunas calles en quitrín, solo contaba con un teatro: el Coliseo, fundado en 1775, que tuvo larga duración y donde se representaban las comedias de la época,³ amén de las dos instituciones dedicadas a la instrucción: el Seminario de San Carlos y la Real y Pontificia Universidad de La Habana, donde estudiaba la elite criolla blanca, sobre todo de la capital, a las que se uniría la Sociedad Económica de Amigos del País, fundada en 1790.

No extraña pues que, dadas esas circunstancias, el primer gabinete que se creara en La Habana de que tenemos conocimiento, sea el formado de manera espontánea y particular por el portugués Antonio Parra, residente en esta ciudad desde 1763,

³ Manuel Hernández González, *El primer teatro de La Habana. El Coliseo (1775-1793)*, Tenerife 2009.

adonde había llegado como soldado a las órdenes del conde de Ricla. En dicha ciudad se casó dos veces, tuvo sus hijos y, luego de licenciarse, se dedicó a coleccionar especímenes animales que disecó y colocó en muebles mandados construir para ello; además de elaborar cuadros hechos con conchas y restos de animales, tuvo algunos animales vivos como tortugas y cocodrilos. Abrió su gabinete en la calle Tejadillo, 8, donde vivía, en pleno corazón de la zona comercial y de paseo que fuera visitado por nacionales y extranjeros; y terminó siendo comprado por el gobierno peninsular. Para explicarlo, Parra elaboró un libro-catálogo descriptivo, que es el primero de carácter científico que se publicó en la isla. También se dedicó a recolectar plantas y semillas que remitió en cajas a Madrid entre 1790 y 1793 para el Jardín Botánico de esta ciudad, los jardines de Aranjuez y de Santa María en Andalucía, con el fin de aclimatarlos, para todo lo cual elaboró y publicó un folleto.⁴

Situado muy cerca de la bahía el Seminario de San Carlos, se convirtió durante gran parte del dieciocho y primeras décadas del diecinueve en el principal centro de enseñanza de las ciencias como la astronomía, la física dentro del amplio campo de la filosofía. En él darían clases figuras como Félix Varela, José Agustín Caballero, y José Antonio Saco entre otros. El seminario formó una especie de gabinete con aparatos de física para impartir sus clases. A principios de la década del treinta decimonónico encargó incluso a José de la Luz y Caballero en ese entonces de viaje por Europa un significativo grupo de instrumentos y maquinarias para explicar dichas ciencias, para lo cual el Seminario destinó cierta cantidad de dinero. Esas y otras personalidades científicas intentaron incluso en los años veinte y treinta decimonónicos que radicase allí la Universidad o Instituto cubano para la enseñanza científica de la isla.

La creación en 1790 de la Sociedad Económica de Amigos del País de La Habana fue un importante motor para el avance de las ciencias en Cuba, compuesto por patricios instruidos y grandes hacendados que se interesaron en poner esa ciudad a la altura de las más modernas; ello conllevó la creación de instituciones que impulsaran dicho desarrollo, y así proyectaron cátedras científicas (de botánica, química y anatomía), jardín botánico y biblioteca pública. El desarrollo agroindustrial de la isla, de su salud, pero también de educación y cultura estaban comprendidos dentro de las aspiraciones de estos centros tanto criollos como peninsulares. Como es lógico los museos y gabinetes, se concibieron dentro de esta amplia aspiración de dichos patricios. Situado en el centro comercial de La Habana (una de sus direcciones donde funcionó muchos años fue en la calle Dragones, 62) albergaría años después, en 1838, el museo de ciencias naturales de la Sociedad, formado sobre todo con las colecciones de Felipe Poey, principal artífice de ese museo. El impulso que recibían las ciencias naturales bajo el influjo de Poey, Ramón de la Sagra y otras figuras se incrementó con la visita, exploración y larga residencia de

⁴ Armando García González, “La obra botánica de Antonio Parra”, *Asclepio* 47/2 (1995), pp. 143-157; “Ciencia, naturaleza y utilidad en la obra de Antonio Parra”, in: *Las Flores del Paraíso. La Expedición Botánica a Cuba durante los siglos XVIII y XIX*, Madrid 1999, pp. 93-120; *Antonio Parra en la ciencia hispanoamericana*, La Habana 1989; y 2da edic. corr. y aum. *El naturalista portugués Antonio Parra. Su obra científica*, Santiago de Chile 2016.

naturalista alemán Juan Gundlach. Renació así el deseo de enriquecer ese museo natural, con las colecciones aportadas por estos y otros cultivadores de esa ciencia, como José María Zamora, Ramón de Paz y Morejón, Tranquilino Sandalio de Noda. Pese a esto el museo no contaba con una sala adecuada para la exhibición y conservación de los ejemplares como aspiraban sus cultivadores.

Para impulsar la medicina, en especial la anatomía, la cirugía y la obstetricia que eran el centro de las preocupaciones de los galenos de entonces se precisó modernizar los anfiteatros donde impartir esas clases que insistían ahora en las disecciones a fin de profundizar en el estudio del cuerpo humano y sus enfermedades. Las epidemias, sobre todo las de viruela y cólera, hicieron que en la isla se invirtieran recursos económicos con el objetivo de mejorar y actualizar dichos anfiteatros; pero su enseñanza dependía no solo de las disecciones sino también de piezas artificiales que, junto con las naturales, explicasen cuestiones anatómicas y fisiológicas; además de otras curiosas vinculadas con el quehacer médico. Ello requirió por tanto la inversión económica aportada por el gobierno para la compra de instrumentos quirúrgicos, libros, y piezas anatómicas de cristal, yeso, madera y cera que entonces se fabricaban en Europa para la enseñanza de la medicina. A las que se añadieron las fabricadas por galenos criollos y peninsulares en la isla, creándose en 1823 el Museo Anatómico de La Habana, que se instaló por corto tiempo en el convento de San Agustín en la calle Cuba (hoy 464) y muy pronto en dos salas acondicionadas para ello en el hospital militar de San Ambrosio, ambos muy cerca del puerto e intramuros; este último en la calle de San Isidro, donde hoy se encuentra el Archivo Nacional. Este anfiteatro-museo sería ampliado y reestructurado en 1834 bajo la dirección del médico andaluz Francisco Alonso y Fernández; con cuya llegada se había establecido en aquella primera fecha y lo había dirigido desde entonces. Gran parte de las colecciones pasaron en 1846 a un local de la Universidad de La Habana, ubicada en el convento de los dominicos o Predicadores, también en zona intramuros y comercial de la capital de Cuba, en la calle del Obispo, donde estarían hasta principios del siglo veinte que se creó la moderna Universidad. También estarían las colecciones un tiempo en lo que había sido la Factoría de Tabacos, junto al muelle.⁵

En el intento de un grupo de científicos e intelectuales criollos y peninsulares de extender la enseñanza de las ciencias a grandes sectores de la población, se crearía la sección de ciencias del Liceo artístico y literario de La Habana, fundado el 15 de septiembre de 1844, justo en la zona más comercial del puerto, en las calles de Mercaderes, 97, entre O'Reilly y Empedrado, muy cerca de la Plaza de Armas y del Palacio de los capitanes generales. Tuvo una Sección de Ciencias en la que impartieron lecciones los químicos españoles José Luis Casaseca, y Cayetano Aguilera, los médicos y farmacéuticos, Nicolás J. Gutiérrez, Julio Jacinto Le Riverend, el frenólogo Sabino Losada y otros.⁶

⁵ Armando García González, *Cuerpo abierto. Ciencia, enseñanza y coleccionismo andaluces en Cuba en el siglo XIX*, Sevilla 2010.

⁶ A. García González, *Cuerpo abierto*, pp. 291-298. Rolando Misas Jiménez, *Génesis de la ciencia Agrícola en Cuba*, La Habana 2010, pp. 161-171.

La Real Academia de Ciencias Médicas, Físicas y Naturales de La Habana, creada el 19 de mayo de 1861, también estaría enmarcada en zonas alejadas al puerto, funcionando en sus primeros momentos en la sede de la Sociedad Económica en Dragones, 62, y luego en un edificio cedido por esta en la calle Rayo, 30, y muy pronto en una de las plantas del convento de San Agustín, en la calle Cuba de La Habana Vieja. Tuvo entre sus primeros objetivos la creación de un museo de ciencias naturales, cuyas primeras muestras, donadas por sus miembros, debieron permanecer en manos de estos hasta que en 1874 se fundó de manera oficial el museo que ocupó la planta alta del convento, pasando la sala de reuniones y sesiones a la planta baja. Contó con donaciones y colecciones de Poey, Gundlach, Rafael Arango y Molina, Francisco Sauvalle, Manuel Fernández de Castro y otros, de plantas, herbarios, animales, fósiles, rocas y minerales (Sección de Ciencias Naturales); así como de objetos arqueológicos y restos antropológicos (Sección de Antropología), aportados por Poey, Miguel Rodríguez Ferrer, Luis Montané y Carlos de la Torre, entre otros, a más de piezas anatómicas humanas. Museo que estuvo abierto al público, y fue visitado no solo por nacionales sino por eminentes científicos extranjeros, tanto en el siglo diecinueve como en la primera mitad del veinte, hasta que concluyera su existencia en 1961. Sirvieron de estudio a los científicos y en ocasiones también para la docencia, aunque no fue esta su función principal.⁷

Como resultado del decreto del 15 de julio de 1863 se crearon en Cuba los Institutos de Segunda Enseñanza, uno para cada provincia, que tenían en sus reglamentos establecer museos y gabinetes para la enseñanza de las ciencias. De ellos los más significativos fueron los de La Habana y Matanzas por la cantidad y calidad de sus especímenes y muestras, si bien tuvo también cierta relevancia el de Santa Clara. El primero de ellos estuvo ubicado en la calle Monserrate. Además de los especímenes colectados y donados por distintas personalidades de la época (siglos XIX y XX), contó con las importantes colecciones de aves, moluscos y reptiles pertenecientes a Juan Gundlach compradas por el gobierno español al destacado naturalista, que se emplearon en la docencia hasta la Revolución en que fueron desmanteladas. El de Matanzas, también cerca de la zona portuaria, contaría con las colecciones naturalistas de Presas, Francisco Jimeno, Carlos de la Torre y otros. Las colecciones de animales, vegetales y fósiles fueron esenciales en el proceso de la docencia en la provincia, aparte de que, como en los casos anteriores estuvieron abiertos al público.

También en la zona portuaria de la capital, pero del otro lado de la bahía, fue muy significativo durante la segunda mitad del siglo decimonónico y primera del veinte, el museo de ciencias naturales de la Escuela Pía de Guanabacoa, que contó con destacadas colecciones de minerales, animales y herbarios, colectados por profesores y alumnos, si bien también poseyó un pequeño jardín botánico. En esta institución trabajaron importantes geólogos como el padre Francisco Clerch y Pío Galtés. Creada en 1857 realizó relevante papel en la enseñanza primaria y secundaria hasta

⁷ Armando García González, *El Museo de la Real Academia de Ciencias Médicas, Físicas y Naturales de La Habana*, La Habana 1994.